

Biblioteca  Era

www.edicionesera.com.mx

César Aira

EL TESTAMENTO DEL MAGO TENOR

Ediciones  Era

www.edicionesera.com.mx

I



Solo y olvidado, en su retiro suizo que databa ya de muchos años, el Mago Tenor se moría. En el lecho al que estaba confinado desde el último ataque, esperaba el desenlace, sin esperanzas ni pánico. Al fin de cuentas, todo había pasado en su debido orden, y la salida de escena no era menos parte de la acción que cualquiera de los episodios anteriores. La mirada perdida en la ventana, la mente en blanco. El silencio se estancaba en esos largos días inmóviles. De la servidumbre sólo había quedado el ama de llaves. Sus pasos cautelosos, el tictac de un reloj y el canto extraviado de un pájaro, afuera, eran los únicos sonidos que llegaban hasta la habitación del Mago. El trayecto hasta él, desde la cocina y los cuartos de servicio, la escalera, los largos pasillos en curvas que habían sido elegantes y ahora sólo eran hábito, era todo lo que se recorría de la casa. El resto estaba cerrado y descuidado, los salones oscuros, puertas y ventanas que no se abrían hacía años, el polvo sin destino que se acumulaba. Los cuadros en las paredes de los salones, dentro de sus marcos dorados, hundían sus figuras en penumbras muy acostumbradas a sí mismas. Si alguien se hubiera asomado a ellos, como a esta altura sólo podría hacerlo un fantasma, habría visto escenas de gesticulantes dramas, en la supervivencia de empastes centenarios, el óleo adelgazado por el tiempo revelándole a nadie el revés de los seres ocultos. Los espejos se habían velado, las alfombras repetían sus ociosos laberintos.

Un piano en el estrado de la sala de música había creado el vacío a su alrededor, en el que contaba los compases del silencio. Arriba, los artonados parecían derrumbarse como bocas cuadrículadas. Los sillones se contraían, la tiniebla se apoderaba de los billares y los mármoles.

Ocultada por los árboles, a la casa la rodeaba un amplio parque de contornos irregulares, y los pocos automovilistas que circulaban por el camino cantonal de tierra podían ignorar su existencia, porque ni siquiera la verja de entrada estaba a la vista: para encontrarla había que introducirse en un atajo disimulado entre arbustos y troncos caídos. No había habido de parte del propietario una voluntad expresa de ocultarse del mundo; era simplemente efecto del abandono, el mismo que reinaba en el parque, cuyos recesos apartados, y los menos apartados también, y en realidad toda su extensión, habían revertido a un salvajismo de primer día de la Creación. Topos, conejos, culebras, algún zorro fugitivo convivían en las marañas vegetales que no hollaba nunca un pie humano. Incontables legiones de hormigas, crisálidas colgadas de las ramas, caracoles, polillas, arañas arbóreas, avispas en sus casitas de barro, ejércitos de lo pequeño y lo diverso jugaban a las escondidas donde nadie los buscaba.

Los árboles envueltos en niebla sólo entreabrían su follaje por el paso de una paloma o un gato. Alcanforeros, aromos, pinos, acacias africanas se alineaban en asimetrías elegantes pensadas por un antiguo paisajista, sus ideas ya indescifrables por el crecimiento descontrolado del sotobosque. Los parterres se habían hundido las especies muertas seguían en pie acorazadas por capa sobre capa de hongos petrificados. Los ramajes se entrelazaban en lo alto. Colchones de hojas de otoños sucesivos, palacios de madrigueras secretas.

Había horas del día en que el edén de los pájaros resonaba dentro de esas cámaras verdes. Casi ningún sonido escapaba del encierro: sólo algún silbido, si se prolongaba lo suficiente, lle-

gaba al oído inerte del Mago. Los mirlos caminaban como soldados haciendo la guardia; habían trazado senderos en la hierba alta. El canto prestigioso del ruiseñor se escondía en el vértice más profundo de la espiral de esas soledades.

Los bancos de piedra también se habían hundido. Lo mismo el pie de un reloj de sol, a resultas de lo cual el cuadrante se había inclinado, con el mármol blanco de su superficie manchado con las huellas de viejas hojas de árbol que se habían estampado con cada detalle de sus contornos y nervaduras. Los bebederos de pájaros, colmados de detritos, florecían en hongos morados. Una pérgola había desaparecido por completo bajo las hiedras salvajes, que trazaban líneas sin apoyo en el aire. Las ramas bajas de los árboles cayendo perezosas al suelo creaban pasajes oscuros que parecían continuarse bajo tierra. Pudorosas, se ocultaban las estatuas en las frondas silvestres: una Diana, un Hércules, un cazador Hubertus, en un tambaleo que llevaba décadas, sin que nadie los viera. La gran fuente de piedra, con sus delfines en arcos acrobáticos y sus Neptunos multiplicados, cada uno con su corte de nereidas, estaba cubierta de musgos aterciopelados, líquenes de lenguas amarillas, pámpanos y brotes. Un sapo reinaba bajo esos toldos.

El lago artificial se había cubierto de lotos, y una población excesiva de anguilas se agitaba debajo. Almadías entoldadas, que antaño habían transportado elegantes fiestas flotantes y orquestas de cámara, se pudrían encalladas, y sus vigas ablandadas se doblaban como miembros enfermos. Desfondados, los botecitos se clavaban en el verdín del agua.

El aleteo de un pájaro, un gorjeo, la caída de una piña puntuaban el silencio del parque. Si un improbable visitante lo recorriera y llegara hasta sus confines, quizás podría oír los golpes sordos de un partido de tenis en el parque de los vecinos, nada más. Y hasta era dudoso que tales vecinos existieran. La ladera escarpada de un valle, con bruscas lejanías, daba una sensación de desierto. La comarca era refugio de gente que se retiraba

del mundo, para proteger su dinero (un dinero que, justamente, habría podido comprar el mundo). Las exclusivas perspectivas suizas atraían a una elite cosmopolita, cuyo único modo de llamar la atención, involuntariamente, era el zumbido de sus autos caros. Ejércitos de jardineros mantenían podados y regados los parques, esculpidas las formas vegetales y sobre todo ocultas las presencias. Este régimen había mantenido la casa del Mago Tenor en un secreto que compartían muy pocos y estos pocos ya desinteresados de lo que podía constituirlo en secreto.

Sobre este dominio del olvido se deslizaban los días y las noches, indiferentes. La mirada del Mago Tenor, desde su lecho final, por su perspectiva baja, sólo captaba las copas de los árboles y de ellas el movimiento que les imprimían el viento y la lluvia. Y al fondo los colores del cielo, el blanco del amanecer, el rosa del crepúsculo astillándose en las agujas de un pino. Ya nada de eso le importaba. Se alejaba insensiblemente, se olvidaba, él también. Sólo de noche, cuando la vieja ama de llaves había olvidado cerrar los postigos, las estrellas dispersas en el cielo negro movían en su cabeza algún pensamiento, pero no sabía cuál.

La última visita que recibió fue la del Presidente Hoffmann, del foro de Lausana, que muchos años atrás había sido su apoderado. No era una iniciativa espontánea del viejo magistrado, sino que respondía a una esquila recibida días antes que contenía un pedido formulado con anticuada cortesía y letra temblorosa, en uno de los viejos tarjetones con el logo profesional (una galera y la varita), la cartulina amarillenta, una verdadera reliquia para coleccionistas del anticuariado del varieté. El Presidente se la estaba mostrando, en el auto que los llevaba, a su joven acompañante, Jean Ball, abogado de Berna que en la ocasión haría de asistente. Había sido reclutado para el traba-

jo en forma intempestiva, y sólo ahora, en el asiento trasero del auto, iba enterándose de las particularidades del caso a través de la voz monótona del Presidente Hoffmann. Éste decía haber sido el brazo legal del Mago, el único en ocuparse de sus asuntos desde que se retirara de los escenarios. Lo que no significaba, aclaró, que hubiera tenido mucho trabajo, más allá de un trámite aislado cada cinco años, y siempre el mismo, como creía que lo sería en esta ocasión. Originalmente, decía, había aceptado la comisión por curiosidad, por su exotismo y por permitirle echar un vistazo en un terreno al que un hombre de leyes nunca se asomaría. Con el paso de los años y el aumento de sus responsabilidades en el foro debería haberse desligado, pero no lo había hecho, por lealtad, por pereza de explicarle a un colega el mecanismo de sus funciones y sobre todo por el prolongado lapso que separaba cada una de sus prestaciones y el hecho de que cada una pareciera la última. Esta vez había recibido con sorpresa la requisitoria, como si proviniera de otro mundo, pues su cliente llevaba décadas sin manifestarse. Creía recordar haber oído algo de enfermedad o reclusión, pero de eso había pasado mucho tiempo y algo en el fondo de su mente había concluido que el viejo Mago había muerto. Por lo visto, no era así. Cargado de años él mismo, no habría hecho el viaje hasta el escondido refugio donde lo requerían si no hubiera sospechado, con buenos motivos, que era una liquidación y despedida. También intervenían, como al principio, la curiosidad y un vago interés, sin contar con el sentido del deber, el último en apagarse en un calvinista de la vieja escuela.

Se remontó a épocas anteriores, cuando el Mago Tenor había sido una luminaria menor, muy menor, pero no tanto como para no gozar de cierta notoriedad en el firmamento móvil de los spas y balnearios elegantes de la Europa Central. No le extrañaba que su joven interlocutor no hubiera oído nunca el nombre. La celebridad era un bien efímero en la profesión, que carecía de historiadores.

–No debería ser así –dijo Jean Ball–. Puede ser un relato lleno de interés, por lo evocador y las anécdotas. Y elocuente respecto de la época, en sus corrientes más profundas y representativas, que es precisamente lo efímero lo que las revela.

–Es una cuestión de registro, de documentación. La ciencia de la Historia opera con realidades, y en esta materia la realidad es resbalosa, o esquivada, o facetada... No encuentro la palabra justa.

–Pero fue real. Aun cuando no haya dejado rastros materiales.

–Una realidad “entre paréntesis” –dijo el Presidente, que seguía buscando una definición quizás inexistente.

Tras lo cual debió concentrarse en darle instrucciones al chofer. En cierto modo, se internaban en terreno desconocido. Por momentos creían avanzar por el bosque primigenio, tan ausente estaba todo signo de civilización. La luz misma cambiaba, en el fondo de los caminos estrechos. La llovizna los acompañó todo el trayecto. Al fin, después de un par de entradas falsas en abras sin salida, dieron con la verja. El auto se detuvo frente a ella y la miraron un momento: parecía tan vieja como el esqueleto de un dinosaurio, salvo que era de hierro gris, cubierto de verdín. Los barrotes retorcidos hacían figuras indecifrables, un escudo condal la coronaba en el centro.

–¿Seguro que es aquí? –preguntó Jean Ball.

El viejo jurista asintió con un gesto y mandó al chofer a abrirla. Mientras el hombre lo hacía, un anticuado aparato de vigilancia se puso en marcha, con carraspeos de enfermo. Era una cámara colgada precariamente en la punta de la lanza lateral; sobre la lente había una telaraña y, en el fondo del cristal, les pareció ver cuando pasaban frente a ella que se sucedían signos cabalísticos en los colores del rubí, el zafiro y la esmeralda; podía ser un juego de la luz, burlándose de una tecnología pasada de moda.

Muy lento, el auto negociaba su paso entre hierbas altas que habían borrado las avenidas, hasta la explanada central fren-

te a la casa. A ésta se la veía cerrada, descascarada, sus atlantes cansados; algunas tejas negras de la mansarda rotas en la escalera seguían donde habían caído. Una mujer mayor les abrió la puerta. Saludó sin palabras al Presidente Hoffmann y echó una mirada de desconfianza al joven que lo acompañaba. A la pregunta por el dueño de casa respondió con monosílabos incomprensibles.

Ante los ojos de los visitantes la casa se mostraba oscura y polvorienta. Era evidente que habían dejado de mantenerla tiempo atrás, quizás en la convicción de la inutilidad de hacerlo. Ya nadie se sentaba en los sillones ni usaba las mesitas rococó para apoyar un libro a medio leer. Atravesaron la sala y subieron la escalera envuelta en una penumbra helada. El pasillo alto, con sus barandas de caoba, los condujo, siempre atrás de la mujer, hasta una gran puerta blanca. Al otro lado, moría el Mago. Tuvo lugar a continuación, con las dificultades propias de una lengua que se resistía a las expresiones claras, la última negociación.

Jean Ball salió pensativo de la casa. Las explicaciones que le había dado el Presidente en el viaje le habían permitido entender el meollo de la transacción. Entendida, no había perdido nada de su extrañeza, sin que por ello perdiera su carácter de verosímil. Según el Presidente, en el largo período que había seguido a su retiro de los escenarios, el Mago Tenor se había mantenido vendiendo, de a uno y parsimoniosamente, sus actos de magia. Éstos eran un número limitado; con ellos había hecho toda su carrera. Los había inventado en su primera etapa, intensamente creativa, y en los años de práctica apenas si había añadido algún detalle o modificado en algún matiz su presentación. Una vez que su rutina escénica quedó fijada, ya no inventó otros pases. Y, de más está decirlo, desde que adoptara la soledad de su cómodo retiro alpino, no tuvo motivos (ni habría tenido la energía suficiente para hacerlo) de ejercitar su inventiva.

En el mundo del varieté, cada mago tenía su stock de trucos o “números” (la palabra “truco” era evitada en general), en lo posible originales, propios, intercalados con los clásicos de la mujer serruchada o la desaparición dentro de una caja. Estos clásicos, si bien archiconocidos, por eso mismo solían ser los más festejados; el público en la ocasión de hallarse frente a un mago se retrotraía a un estadio infantil en el que hasta ver salir un conejo de una galera podía dejarlo con la boca abierta. Si bien eran el abecé del oficio, justamente por serlo exigían una limpieza sin fallas en la ejecución; los espectadores ya los conocían y podían comparar. En contraste, los números originales admitían imperfecciones o desprolijidades que quedaban disimuladas en lo nuevo y nunca visto. Su dificultad estaba antes, en la invención.

Este punto planteaba una cierta paradoja. La profesión se aprendía en una escalada de lo más elemental a lo más complejo, pero aun en el extremo del virtuosismo el alumno se ejercitaba con lo ya conocido y catalogado en el Manual. Al término de su aprendizaje, cuando recibía el diploma de mago, todavía no era un mago. La esencia del oficio estaba fuera del aprendizaje. Para ser un mago de verdad debía crear sus propios números y mantenerlos en secreto. Todos los números, aun los más clásicos y remanidos, se mantenían en secreto del público; los originales se mantenían en secreto de los otros magos, y era ese secreto el que volvía mago de verdad a un mago. Un profesional experimentado y perspicaz (esto último tenía que serlo por definición) podía atravesar el secreto o “inventar al revés” la invención que estaba contemplando. Pero había una ética corporativa que lo contenía. La misma ética que, a pesar de todo, lo conminaba a tener en su repertorio por lo menos un mínimo de números originales, de invención propia.

Tanto el proceso de la invención como su resultado dependían de las capacidades individuales de cada aspirante. El campo en el que podía desplegar su talento era amplio, quizás demasiado amplio. ¿A qué no se aplicaba la magia o la simulación

artística de la magia, que tanto se parecía, por definición, a la verdadera magia? La única restricción era que se prestara al espectáculo. De modo que había que elegir de un espectro amplísimo, universal. Conejos, pañuelos, palomas, bellas asistentes serruchadas o desaparecidas, naipes, ramos de flores eran apenas el punto de partida de una verdadera enumeración caótica. El aspirante a creador se enfrentaba a un magma vivo en el que todas las cosas y todas sus relaciones se revolvían como atacadas por un baile de San Vito de transformaciones.

Nunca se podía garantizar que lo nuevo lo fuera de verdad. Siempre estaba la posibilidad de que en otro continente, en otra época, otro mago hubiera inventado lo mismo. Pero las probabilidades de que pasara tal cosa eran bajas, casi nulas, en razón de la innumerable cantidad de elementos a combinar. Esa misma cantidad, paradójicamente, hacía que en cierto plano todo se pareciera. De ahí que el espectáculo de un mago en el escenario tuviera ese aire de ya visto, parte integral de su encanto.

Este trabajo de creación o invención era cosa del pasado, de un pasado tan alejado que ya se lo tenía por legendario, por inventado él también. Pues sucedía, venía sucediendo desde incontables generaciones, que cuando un mago se retiraba ponía en venta sus números exclusivos y con estas compras los nuevos magos hacían su stock de originalidad. Al hacerse estas transacciones bajo un manto de severa discreción, nadie podía decidir si un determinado número, propiedad indivisa de un mago, era de su invención o lo había comprado. Un registro histórico llevado a cabo con un mínimo de rigor habría disipado la duda, pero como a todos les convenía mantenerla, el registro no se hacía, y la profesión, huérfana de historiadores, vivía en un eterno presente.

El Mago Tenor, siempre según el relato que el jurisconsulto le hacía a su joven acompañante, había iniciado estas operaciones de venta desde el momento en que hubo bajado el telón de su última actuación. Era un camino hacia la muerte o

la aniquilación. El stock disponible en su caso no era nada del otro mundo, pero administrado con parsimonia le había permitido llevar un decente tren de vida. El Presidente Hoffmann, en aquellos primeros tiempos un abogado de discretos honorarios (más tarde hizo su prestigio y escaló en el foro llevando los asuntos de un puñado de coronas depuestas refugiadas en Suiza, quienes después de pasar por borrascosas situaciones sólo querían una administración apacible de los bienes salvados), fue fundamental en la operatoria. Nunca se habría involucrado en el asunto, que unía lo menor a lo complicado, si no hubiera sido por la curiosidad. Un aura de intriga envolvía al Mago Tenor, algo que parecía ir más allá del dinero. Con el correr de los años llegó casi a convencerse de que no había misterio alguno: era sólo negocio. Y un negocio con aristas un tanto sórdidas además; se convencía de ello cuando, una vez cada cuatro o cinco años, el Mago Tenor le hacía saber que deseaba poner en venta otro de sus “números”, y debía poner avisos en los boletines especializados y recibir la visita de los interesados, que, en contra de la leyenda habitual del mago como personaje romántico, solían ser unos buscavidas internacionales de poca monta. El proceso era engorroso. Se compraba a ciegas un procedimiento descrito y explicado en un sobre lacrado; ni siquiera el abogado sabía qué estaba vendiendo.

O mejor dicho: sabía de qué se trataba, pero no cómo funcionaba. (Después de todo, no era muy distinto de estar vendiendo un teléfono o una computadora.) Lo sabía gracias a que el Mago Tenor, cuando enviaba la oferta de venta, la acompañaba con un cuadernillo descriptivo del truco en venta. En la actualidad habría sido el video de una actuación. A falta de video, el cuadernillo mostraba el truco en una secuencia de dibujos realistas muy detallados. En el bufete se ocupaban de hacer copias y se quedaban con el original. El Presidente Hoffmann había hecho así una colección de dibujos narrativos de tema “magia”, de exquisita factura que, ellos sí, tenían misterio, pues

el abogado no sabía quién los hacía. Dudaba de que el Mago tuviera la habilidad necesaria. ¿Los haría un dibujante profesional, siguiendo instrucciones? Se había propuesto preguntar, pero por un motivo u otro siempre se olvidaba de hacerlo. Muchas veces los desplegó sobre su escritorio para estudiarlos. La mecánica del truco, desde el punto de vista de un espectador, quedaba perfectamente representada, así como quedaba oculto el resorte secreto que lo hacía funcionar (eso estaba dentro del sobre lacrado y costaba caro averiguarlo). Había algo sugerente en los dibujos, en su detallismo exasperado, en su elegancia, en la seguridad del trazo, como si no estuvieran representando una realidad sino como si se hallaran antes que ésta y la realidad sólo pudiera ser una copia imperfecta del dibujo. ¿No estarían dando la clave, como en un rebús? Mirándolos, no era fácil no sospecharlo. Ya despertaba la sospecha el trabajo de hacerlos; porque lo mismo habría podido mostrarse mediante un diagrama, con figuras hechas con palitos.

—¿Será el último, realmente? —preguntó Jean Ball en el auto, cuando rehacían el camino que los había llevado a la casa del Mago. Su voz rompía un largo silencio que habían mantenido desde que salieran del cuarto del moribundo. El cielo se había despejado, y una luz intensa bañaba la zona boscosa que precedía a la autopista. A los ojos de los dos abogados, la escena de la naturaleza tenía un aire irreal. Persistía en ellos una melancólica perplejidad, proveniente de la visión del hombre que moría y el trabajo que les encomendaba. El lecho final, las caobas y los bronces, las opalinas cubiertas de telarañas, el frasco de opio, las alfombras negras le daban a la escena un realismo que se cerraba sobre sí mismo como un círculo, pero en el centro del círculo había un acto de magia. Jean Ball todavía estaba asimilando lo que para él había sido una novedad. El llamado del Presidente Hoffmann el día anterior, pidiéndole que lo acom-

pañara en un trámite privado del que no le dio detalles, lo había sumido en una perplejidad que no terminaba de disiparse. No conocía personalmente al Presidente. Había recorrido, en sus años de estudiante, algunos de los casos que habían construido su fama y sentado jurisprudencia; lo sabía desde muchos años atrás encaramado en los más altos puestos del foro de Lausana, tratando desde su eminencia cuestiones espinosas que afectaban reservas indisponibles en países emergentes o créditos multilaterales impagos del FMI o el Banco Mundial. No se imaginaba en qué asunto privado podía haberse involucrado y mucho menos por qué requería la compañía de un joven abogado al que no conocía, pese a las buenas referencias que, según le dijo, había recibido de él. A partir de ahí, había esperado cualquier cosa... menos que se tratara de un mago. La conversación en el auto, durante el viaje de ida, le había dado un panorama que se completó con la entrada en la casa y la visión de su dueño. Su mente ágil recorría los datos recogidos y los ordenaba. Su pregunta era el punto final de esa ordenación. ¿De verdad este truco que el Mago Tenor, in extremis, le legaba gratuitamente al Buda Eterno era el último que le quedaba?

El Presidente Hoffmann a su lado cabeceaba. Su perfil de vieja ave de presa se recortaba sobre el arbolado cambiante. Parecía haberse desinflado después de la entrevista o haber perdido interés. No había dado muestras de haber oído la pregunta, pero volvió a la vida con un suspiro:

—Estoy seguro de que es el último, como estoy seguro de que va a morirse muy pronto. Para decir la verdad, me había olvidado de él, y ayer cuando recibí su pedido de visita fue como si alguien volviera del pasado. Suponía que las ventas habían cesado, que ya se había vendido todo. Pasó mucho tiempo sin que diera señales de vida, y lo olvidé... Es paradójico, dada la índole pintoresca del material, pero es algo que se va pronto de la memoria, como un sueño.

—¿Cuántos de estos trucos vendió?

–Habrán sido en total unos diez o doce. Tendría que revisar mis archivos..., si es que puede llamarse archivo la caja de sombreros donde terminé guardando todos los papeles, las cartas, facturas, los dibujos...

–¿Dibujos?

–Cada vez que ponía en venta uno de sus trucos, lo acompañaba con una especie de folleto publicitario artesanal, con dibujos que mostraban cómo se veía el truco en el escenario. La explicación secreta, como le conté antes, iba en un sobre lacrado que se le entregaba al comprador una vez que pagaba.

–¿Eran buenos?

–¿Los dibujos?

–No, los trucos.

–Yo no soy quién para juzgar. Nunca fui adepto a esa rama del espectáculo. Pero debían de serlo, porque ninguno quedó sin vender –hizo una pausa y retomó donde había sido interrumpido–: diez o doce, como digo. Mandaba uno cada cuatro o cinco años, a veces menos, o más, seguramente según sus necesidades de dinero. Ponía un precio sugerido, al que yo me atenía en las negociaciones con los interesados.

–¿Cuánto?

Le dio algunas cifras entre las que variaba el precio, todas manifiestamente altas. Jean Ball arqueó las cejas.

–Hay que tener en cuenta –dijo el viejo Presidente– que el truco pasaba a ser propiedad exclusiva del comprador (que se cuidaba de guardar el secreto) para el resto de su vida o su carrera. Repito que no sé gran cosa de la profesión, pero supongo que era una buena inversión. Una vez jubilado, podía venderlo, como lo hacía Tenor.

–Hay algo poco racional en todo esto –dijo Jean Ball–. ¿No le habría convenido venderlos todos de entrada y hacer una inversión redituable? ¿No se lo sugirió usted?

–Lo hice. Pero él lo prefirió así, y yo, como mero instrumento de su voluntad, no tuve nada que decir. Respeto esa clase de

decisiones, de las que he tenido abundantes ejemplos a lo largo de mi carrera. Se las llama peyorativamente “comerse el capital”, metáfora bastante elocuente. Ni usted, mi joven amigo, ni yo actuaríamos así, con la amplísima diversidad de posibilidades de inversión que ofrece nuestro sistema financiero para conservar indemne el capital y vivir de su renta. De hecho, hay una llamativa facilidad para hacerlo así, como si la intangibilidad del capital hubiera dejado de ser una cuestión psicológica para volverse sacralidad social. Por eso hay algo de heroico en quienes calculan grosso modo la fecha de su muerte (no es tan difícil), dividen el total disponible y lo agotan de ese modo.

—¿Cómo puede decir que no es tan difícil? Creía que era difícilísimo. De hecho, creía que era lo único verdaderamente difícil, salvo para los suicidas.

—Le aseguro que es lo más fácil del mundo. Matemática elemental. Y por lo que vio hoy, nuestro cliente hizo bien el cálculo.

—Podría reponerse... —su tono indicaba que ni él lo creía.

—Se olía la muerte, en esa casa.

El hecho no admitía discusión. Con todo, el misterio de la muerte incorporaba otro misterio, que por el momento parecía imposible de aclarar. El Mago Tenor había ahorrado un último truco no para venderlo sino para legarlo. Era algo especial. En la entrevista con los abogados no se había explicado, más allá de dar las instrucciones pertinentes y declarar con medias palabras que lo que dejaba era su mejor invención, la que más se acercaba a la magia de verdad. En ese punto había dicho, o habían creído oírle decir, algo intrigante: él nunca había puesto en escena ese truco, nunca lo había utilizado en sus actuaciones. ¿Por qué? No lo dijo. ¿Acaso era demasiado bueno para el público frívolo de los hoteles y casinos? Fuera como fuera, no quería que esa obra maestra suya fuera a parar a las manos mercenarias de un profesional. Por eso se lo legaba, gratuitamente y sin condiciones, al Buda Eterno. El secreto estaba contenido en

un sobre lacrado, que ahora llevaba el Presidente Hoffmann en su portafolios. Y como no lo acompañaban dibujos ni texto visibles, no sabían qué era. Se limitarían a entregarlo a su destinatario.

Si había habido un cálculo, estuvo bien hecho, pues el Mago Tenor murió esa misma tarde. Quizás no fue el triunfo de una predicción, sino simplemente que algo en los restos de su fuerza vital persistió hasta ver formulada su última voluntad y entonces se entregó a una muerte postergada ya en exceso. Fue un momento, un instante, un punto en el tiempo. Algo imperceptible. Un pájaro levantaba vuelo, una brizna de hierba se inclinaba, en el cielo pálido se ocultaba una estrella, unas piedritas se entrechocaban con repiqueteo seco, una rama se balanceaba, una gota caía... Cuántas pequeñas cosas sucedían en los círculos concéntricos que rodeaban un punto; era lo habitual; esa tarde no era distinta de otras. Colores, olores, temperaturas y las intenciones que dirigían la acción de cada partícula, todo estaba en movimiento, en modestas reverencias y cambios dentro del gran diamante del aire. Una nube cambiaba de forma, una mancha de óxido crecía en el fuste de una reja, una semilla se hundía en la tierra. Los hechos podían ser menos discretos: un gato fugitivo atacaba a una paloma con un chillido escalofriante, el salto desgarraba una pantalla de hojas secas que los otoños habían trenzado pacientemente a lo largo de varios turnos sucesivos, el aleteo de la paloma creaba una conmoción.

La luz tomaba los colores de la lejana puesta del sol, empezaba a filtrarse por entre los huecos rayados del follaje y tomaba una consistencia más densa, que la hacía caer. Cuando tocaba la tierra se volvía oscura y volvía a elevarse. Por los pasajes blandos de la hierba se colaban escarabajos lentísimos, adelantados de la noche. El cielo se ponía el chaleco de seda rosa.

Todo lo cual habría podido verlo un improbable testigo de esas soledades. Pero no habría visto en cambio la muerte del Mago. La muerte había pasado (o estaba pasando) en un lugar del tiempo que no tenía duración alguna. Era el instante, el conato, en el que no cabía el presente. Más rápida que el ojo. Ya había sucedido o quizás no. Pero unos segundos después, sí. Era definitivo: el Mago Tenor había muerto. El gran espectáculo del día, que contenía tantas cosas y tantos hechos y los ponía en un orden de magnífica simultaneidad, ocultaba (como la estrella se había ocultado en la momentánea lividez del cielo) el instante definitivo. Escondida en un rincón verde, una Venus de mármol dejaba correr el tiempo sobre sus bellas formas olvidadas. Ella también guardaba el secreto del instante que pasó inadvertido. Una flor, reliquia de los parterres de otrora, en su abrigo de helechos silvestres, abría su corola triangular, con remilgos de doncella temerosa de la luz. La abría con antigüedades de especie, sin prisa, como lo haría una piedra, si una piedra pudiera temblar. Y aun así, ella tampoco conocía el instante.

El instante de la muerte era invisible, intangible. La muerte misma era así, escondida en el instante. Era como el pago con tarjeta de crédito: todos podían ver los trámites anteriores y posteriores, el papeleo, la firma, el parpadeo del lector digital, el rumor de la impresión del ticket... Pero nadie podía ver el instante real en el que se hacía efectivo el pago, los circuitos misteriosos que operaban por dentro de sí mismos. El comprador siempre se quedaba con la secreta esperanza, tantas veces desmentida, de que toda esa manipulación con la tarjeta fuera una jactanciosa simulación tecnológica y que no le cobraran nada. Pero era infalible. El instante había tenido lugar.